

Y Rouletabille escapó más que de prisa, volando.

Y no sabiendo ni lo que hacía ni lo que decía, el señor conservador levantó los brazos desesperado y gimió:

— ¡Al ladrón!

Le pareció, en efecto, que se le acababa de robar. Aquella maravilla, tan pronto vista como desaparecida, le dejó desconcertado. Lamentaba haber dejado escapar aquella obra magistral, *si bien no le pertenecía*. El señor bibliotecario comprendía ahora todos los crímenes.

Una hora después, Rouletabille estaba ya en *Lou Cabanon* sin más tropiezos a la vuelta que a la ida. Colocó el *Libro de los Antepasados* en el mismo sitio donde lo había descubierto, metido previamente con sumo cuidado el cuchillo de forma de puñal o cortapapeles en la página indicada por la señal que puso, y ahora omitió. Y ya libre de aquella carga murmuró, henchida la frente de hirvientes pensamientos:

— Sí, este libro quema... este libro es la clave de todo, de él viene todo, todo ocurre por él. Hacia él se vuelven todos los gestos, y en torno suyo giran sin saberlo Hubert, Juan, Odette, Calixta, Olajai, Rouletabille y hasta *El Pulpo*. Este libro sabe más, mucho más que todos nosotros. ¡Y hablará! ¡El me dirá si Hubert es cómplice de Calixta! Este libro es una desdicha y quizás nos haya salvado!

Después de este conciso monólogo, Rouletabille salió del despacho filtrándose por la claraboya, de la claraboya se escurrió a la repostería, de la repostería...

Entretanto, el gendarme en el pasillo seguía roncando.

CAPITULO XV

LA INFORMACIÓN DEL GENDARME

El gendarme no tardó, sin duda, en despertar, pues momentos después, y no lejos de allí, se vió en el campo a este honorable representante de la justicia interrogando a un pastorcillo. Se quería saber del pastorcillo lo que le había dicho el gendarme. El gendarme le había preguntado si había visto al clarear el día a una bohemía salir del bosque y dirigirse a un sotillo de tamarindos que bordean la carretera de Arlés a Lavardens. El pastorcillo contestó:

— Me hallaba yo a la sombra de los tamarindos. La bohemía vino allí y se entrevistó con un bohemio que hacía poco rondaba por el contorno. Hablaron unos minutos, y luego la bohemía se marchó, diciendo:

— A las tres de la tarde en la Roche d'Ozoul.

Allá arriba, el gendarme se despidió del pastorcillo, diciendo:

— Perfectamente: esto marcha.

Sin duda, el gendarme realizaba una indagación decretada por el juez, pues se le vió media hora después en Arlés ir preguntando a gentes que charlaban en el dintel de las puertas. En fin, a mediodía, se presentó en el despacho del notario señor Camousse.

La notaría del señor Camousse era sin disputa la primera de la ciudad. De padres a hijos, los Camousses fueron extendiendo las actas de matrimonio y habían redactado los testamentos de las más encopetadas familias de la región. De honorabilidad en cierto modo hereditaria, los Camousses pasaron a sus cajas fortunas considerables, de las que fueron largo tiempo fieles depositarios. En fin, se les confió secretos de familia, y su conciencia fué, por lo menos, tan fiel como sus cajas de caudales. Los Camousses vinieron siendo durante más de un siglo notarios de Lavardens.

—*Me trae el asunto de Lavardens...*—expuso en seguida el cabo de gendarmes interponiendo su puño entre la puerta y el cerco en el preciso momento en que ya estaba el pasante cerrando el despacho.

A esa hora ya no quedaba en la primera sala más que los amanuenses, los cuales, suspendiendo el trabajo, se disponían a almorzar.

—¡Atíza! Otrò cabo...—exclamó el pasante, abriendo la puerta a pesar de las protestas del personal.

Pero los escribientes al ver un gendarme se callaron y esperaron los acontecimientos.

—*Queguido tonante*—dijo el gendarme al oficial—, ve

a buscarme a tu *guese* y no te *vayas aggastrando como un cagacol*.

El pasante contestó que el señor Camousse iba a almorzar, pero que el primer pasante o pasante liquidador estaba aún allí y podían despacharle.

—*¿Qué's aço? (¿qué es esto?). Yo no te exigo tantaz cossaz: quiero veg al propio señor Camousse en presona y con mayog gapidez, hem...*

En este momento, el señor Camousse, hombre respetable, frisando en los cuarenta, cuya faz rubicunda encuadraban patillas de pimienta salpicada de sal, salió de su gabinete, pidió explicaciones y ordenó que el gendarme pasase al despacho.

—*Me envía el seeñoor juuez de instrucciónn.*

—¿El juez de instrucción? repitió el notario estupefacto.

—Sí, el propio señor Crousillat, que está de trabajo hasta la coronilla con esta historia de Lavardensse, y me ha encargado que le ayude en la sumaria, y a este efecto le pregunte a usted algunas cosillas...

—Le escucho a usted, cabo. Ruégole se siente.

—Pues se trata de esto... ¡Me trae el asunto de Lavardensse, hem! El señor juez desea saber en qué fecha el señor de Lavardensse contrajo matrimonio... Usted puede decírmelo... hem, me parece... ¿No ve usted en ello inconveniente?

—Señor, yo no puedo negar nada a la justicia de mi país: constituye para mí un deber ayudarle en la medida

de mis recursos; si puedo serles útil en algo y, naturalmente, siempre que no se me pida que viole el secreto profesional...

—*Mu justo, mu justo...* Dise usted biennn...

—Usted, cabo, ha debido de aprender a hablar en el Rosellón, si no me propaso...

—Señog notaguio, no se le escapa nada... Lo ha adivinado usted. Yo nasí en los alrededores de Perpiñán, para servir a usted. En cuanto al secreto profesional... como gendarme sé bienn lo qu'es, iy no seré yo quien le pida jamás que *traisone* una *coosa* que me atrevo a desir tiene cagácter sagrado!

—Le digo esto, brigadier, porque no ha más de una hora se ha presentado en mi despacho un joven que me ha hecho precisamente preguntas que me ponían en trance de olvidar mis deberes...

—Ah, sí... ¿un joven?

—Sí, y que se decía periodista...; su nombre es Rouletabille.

—¡Rouletabille! ¿Ha venido Rouletabille y le ha hecho prrreguntas?

—Me atrevería a decir completamente indiscretas.

—Seguramente usted lo habrá barrido hacia la calle...

—Casi, pues sabe usted que en nuestra profesión se guardan siempre las formas. ¡Ahl, es un muchacho que no carece de chispa. Y se cree célebre. Nunca, sin embargo, oí hablar de él.

—¿No lee usted, *puues*, nunca diarios?

—Lo menos que puedo. Vea usted, cabo: o no traen nada o traen algo. Si no traen nada, no vale la pena leerlos, y cuando traen algo, siempre son relatos de crímenes y de catástrofes, esto es, cosas desagradables, que es preferible ignorar el mayor tiempo posible... pero usted debe de conocer a ese Roule... Rouletabille.

—¡Ah!, señor notario, si le conozco... Si es una plaga ese... ese periodista. El señor Crousillat huye de él como de la peste... Y a mí, a mí no me deja un instante. Acecha todos mis pasos. Apuesto que ha venido a hablar *aserca* de este asunto de Lavardensse...

—Ha ganado usted, cabo; pero él... él ha perdido completamente el tiempo.

—El señor Crousillat se alegrará mucho cuando le cuente todo esto. Decíamos, pues, que el señor de Lavardensse contrajo matrimonio...

—Aguarde—dijo el notario compulsando unos legajos—; aquí está la copia del acta matrimonial archivada en el Consulado de Francia en Odessa; puede usted copiarla...

—Justo: no es lo que me han dicho. Se casó en Odesa con una joven francesa, de la que tenía una hija, que legitimó por subsiguiente matrimonio...

—¡Cuidado! Rozamos ya el secreto profesional, brigadier. Razonablemente no puedo negar a la justicia de mi país el conocimiento de una pieza que le sería ahora quizás difícil procurarse.

—Sí, está muy *leejos* Odessa, y además están allí los bolcheviques...

—Usted comprenderá que no es preciso que todo el mundo sepa que la señorita de Lavardens nació antes del casamiento de su madre...

—Eso está bien, y no tema usted; no seré yo quien se lo vaya a decir a Rouletabille...

—Usted me ha entendido, brigadier.

—No es que quiera *alalabarme*, pero todo el mundo está de acuerdo en decir que tengo mucho talento... Ahora... otra cosa... ¿Tiene usted quizás, ¡hem!, copia del acta del nacimiento de la niña?

—No, Dios mío—respondió el señor Camousse frunciendo el ceño y cerrando la carpeta.

—¿No está ahí, hem?

—No está, no.

—Es un contratiempo, pues los datos del lugar del nacimiento de la niña, como ha debido usted de advertir, dicen muy poco en cuanto al azto de la legitimación... y si tuviésemos copia del acta de nacimiento, quizás...

—¿Qué?—preguntó el notario, que nervioso golpeaba ya la mesa del despacho...

—Pues... que nos sería fácil en ese caso acallar malas lenguas...

—¿Qué malas lenguas?

—¡Ah!, las que dicen, por ejemplo, que esta francesa no era la verdadera madre de Odette...

—Señor—exclamó el notario levantándose—, nunca he

oído decir tal cosa. Y me complacería saber de qué labios lo ha oído usted.

—¡Ah!, pues de labios de alguno tan curioso como usted, seguramente. De labios del mismo juez, y traigo el encargo de parte de este honorable magistrado (que está convencido, entre paréntesis, de que usted sabe completamente a qué atenerse en los asuntos de allí arriba) de preguntarle si la señorita de Lavardens es realmente hija de la señora de Lavardemense.

—Y el señor juez de instrucción—exclamó el señor Camousse enrojecido—¿le ha encargado que me pregunte esto?

—Se lo juro por mis galones.

—Y yo también le juro que si hubiera sido el señor Crousillat y hubiera de preguntar al señor Camousse tales cosas, hubiera citado al señor Camousse en mi despacho y mantenido con él una conversación de magistrado a magistrado y nunca se me hubiera ocurrido enviar a un cabo de gendarmes... Por lo demás, voy en seguida—expuso el notario calándose el sombrero.

—¿Dónde, pues, va usted?

—Con usted a casa del señor juez de instrucción.

—¡Ejem! Iré mejor solo... no se interrumpa usted. ¡Dios mío, cómo se sube usted, cómo se sube! ¡Ni el humo! Le pregunto y se *safa* usted de contestarme; ¡qué diablos!, el secreto profesional ante todo. ¡Que no haya dicho más, santo *sielol*...

Pero hiciera o hablara lo que quisiera el gendarme, el

señor Camousse se empeñó en seguirle hasta la casa del señor Crousillat. Bajó tan de prisa como él la escalera y fué tan de prisa como él por las calles. Apenas llegaron, el cabo consultó su reloj, su inmenso reloj, y expuso que tenía que evacuar urgentemente una diligencia y por ello dejar que el señor Camousse fuera solo a casa del juez. Ya había dado unos pasos aceleradamente, cuando dos agentes vestidos de paisano surgieron de repente y se echaron sobre el gendarme gritando:

—No se resista y siganos de grado.

—¿Quiénes son ustedes?—espató el notario a los dos agentes.

—Somos guardias de Seguridad, señor Camousse, y tenemos el encargo de detener al señor Rouletabille.

—¿Cómo?, ¿a este gendarme?

—Si es Rouletabille...

El señor Camousse, todo sofocado, hubo de apoyarse en el muro para no rodar por el suelo. Se le oyó susurrar:

—Este es, ciertamente, el mayor acontecimiento de mi vida.

En esto, por todas partes venían corriendo los curiosos para ver pasar al gendarme, detenido por los dos agentes.

Y ¡qué cara ponía Rouletabille!

Realmente esta última escena de la comedia que acababa de representar con tal desenvoltura, no figuraba en el programa. De pronto perdió el acento de Rosellón y

preguntó con la pronunciación ligada y glotal de los vecinos del barrio de Poissonnière:

—¿Me llevan ustedes a la Comisaría?

—No, joven; le llevamos a usted a presencia del señor Crousillat.

—¡Ahl, bueno, me tranquilizo—expuso Rouletabille—; entonces vamos al café.

Todos, agentes y la muchedumbre que les seguía se echaron a reír. El señor Crousillat, seguramente el juez más entero de Francia y de Navarra, al menos por la corpulencia, era célebre por su sed insaciable; el menor esfuerzo físico y hasta intelectual le bañaba en sudor; así se le veía con frecuencia proseguir los sumarios en las terrazas de las cervecerías, entre dos dobles muy frescos y rebosantes. Por lo demás, esta conducta ponía de un humor de mil diablos a su escribano el diminuto Bartholasse, delgado y amarillo como el limón, cuyo estómago delicado sólo toleraba la manzanilla familiar.

Como este final de aventura esparcía al fin y al cabo no poca alegría en torno de Rouletabille, y el periodista era un carácter poco propenso a formar rancho aparte, púsose en seguida al unísono y se echó también a reír. En resumidas cuentas; ¿no había logrado lo que quería? ¿lo que quería saber? ¿Podía decirle más el señor Camousse, y no le había informado suficientemente la emoción que no pudo disimular el notario cuando el falso gendarme le preguntó finalmente con brutal intención: ¿la señorita Odette de Lavardens es realmente la hija del

señor de Lavardens? En todo caso, la actitud del notario de la familia daba ahora a Rouletabille margen para figurarse no pocas cosas después de la lectura o, mejor dicho, de la traducción que se le hizo del libro de los Antepasados y comprobaba la amplitud del drama, cuyo protagonista era la señorita Odette, amplitud sólo por él entrevista.

CAPITULO XVI

ROULETABILLE CUENTA HISTORIAS

ESTARÁN echando fuego el juez y el escribano?—preguntó a los agentes.

—Reconozca usted, señor Rouletabille, que hay motivos para ello—respondió uno de ellos.

—El que está más rabioso aún es *Lou Fineto*—expuso el otro—; chillaba como un diablo.

—¡Ah! ¡Conque *Lou Fineto* chillaba como un diablo! Y ¿quién es *Lou Fineto*, amigo?

—Es un apodo que se gasta aquí, como si dijéramos *Camiseta*, y que se ha dado al gendarme aligerado tan prestamente por usted de túnica y kepis.

—Se había hecho con el kepis y la túnica tan blanda, tan muelle almohada este bueno de *Camiseta*!—repuso Rouletabille recuperando todo su buen humor—, que tuvo remordimientos al ir a quitárselos, lo cual hice con el mayor cuidado posible para no interrumpir su ensueño; pero ¿qué quieren ustedes? Los negocios son los ne-

gocios. ¿Por qué se despertó tan pronto *Camiseta*? Suya es toda la culpa. Si llega a dormir una hora más, se encuentra con la almohada devuelta y ni siquiera se hubiera dado cuenta. Y ahora, el bueno de *Camiseta* vocifera! Pues bien, cuando acabe de chillar se callará. Seguramente no piensa en condenarme a trabajos forzados para toda la vida.

—¡Oh!, señor Rouletabille, no crea usted que va a salir así como así de este asunto... Es grave *sustraer* un uniforme de gendarme.

—Sepa usted, buen amigo, que nada hay grave en la vida—contestó filosóficamente Rouletabille—, nada grave en la vida, más que la muerte... Y no nos damos cuenta.

Platicando sobre el trance, llegó el tropel al despacho del señor Crousillat, establecido, como previó el repórter, en una fresca terraza de café, en la cual se distraían los señores togados murmurando injurias contra la prensa en general y contra Rouletabille especialmente, cuando éste apareció encuadrado como es sabido.

—Helo aquí—exclamó hostil el diminuto Bartholasse, mientras volaban todos sus papeles, que tenía expuestos sobre un velador de cinc.

—¡Ah! ¡Usted aquí, usted!—aulló el señor Crousillat después de apurar lentamente el doble que acababan de servirle.

—¡Así parece, sí!... Aquí está el coco—repuso Rouletabille con modesta sonrisa—. ¿Cómo va eso esta maña-

na, señor Crousillat? ¿Y usted, señor Bartholasse? ¡Este querido Bartholasse! Leo en su cara que se equivocó usted anoche al comer ya con champagne...

El escribano sufrió como un amago de epilepsia... Su altura de hacecillo le obligó a erguirse sobre la punta de los pies para meter sus puños por las narices del repórter, pronosticándole desastroso fin.

—¿Ha avisado usted a Deibler, el verdugo?—preguntó tranquilamente Rouletabille.

Entonces oyéronse gritos de cólera y vióse aparecer en la ventana de la cervecería a un hombre en mangas de camisa que literalmente babeaba de ira.

—¡Ah! ¡si es el bueno de *Camiseta*! Sólo faltaba él en esta fiestecita... ¡pero sí, sí! Comprendo perfectamente que usted no esté satisfecho. Dispénsame usted, señor *Camiseta*. Por lo demás, haría muy mal en no reconocer mis yerros! Lo que he hecho no está bien y le prometo, señor juez, no reincidir en la vida. No soy testarudo, no... Ciertamente me he propasado, sí; me he propasado..., lo exige la profesión...

—¿Sabe usted adónde le llevará esa profesión u oficio?

—Sí, señor juez... A impedir que haga usted una tontería.

—¡Señor!

—Le pido, señor, perdón... no he querido, no, faltarle al respeto. Quise decir que mi profesión, de la cual tiene usted tan mala opinión, puede quizás impedir que cometa usted un error, y tratándose de la cabeza de un hom-

bre, a trueque de salvarla, ¿no es eso?, vale la pena de perdonar al pobre Rouletabille la mala pasada que jugó al bueno de *Camisetal*

—¡Oh, señor mío!, no me conmovió usted, y le digo a mi vez que su profesión, por lo pronto, le lleva a la cárcel y a prisión correccional después...

—Bueno—repuso tranquilamente el repórter—, veo que esto es ya monomanía... no insisto... Mozo, un bock. Y se sentó.

—Le han de matar—dijo la voz de carraca del señor Bartholasse.

—A usted, buen amigo—expuso Rouletabille mirándole con frío talante—. Hay que proceder con tacto. Tiene usted todas las características del asesino. En cuanto a usted, señor Crousillat, que *es aquí el más razonable*, pues a la postre, con los puños de que la generosa naturaleza le ha dotado, si abrigase en el corazón la cuarta parte de rabia que ahoga al señor Bartholasse, hubiese saludado mi llegada con un capón, y ya no quedaría más problema que el de escribir mi epitafio... Es usted bueno, como generalmente lo son los hombres corpulentos. A usted, pues, quiero contar esta historieta.

»Nuestra profesión, si es útil, como me comprometo a demostrárselo antes que Febo termine su carrera, no es siempre divertida; pero en lo posible, cuando se ofrece coyuntura, tratamos de hacerla chusca. Es chusca, por ejemplo, cuando cometido un asesinato en una casa y habiendo jurado el portero no decir una palabra a los

periodistas, nos presentamos como ganchos o espías de la prefectura, o fingimos que somos guardias de Seguridad, y obtenemos de las doncellas informes, merced a los cuales damos con el asesino en donde nunca a la policía se le hubiera ocurrido poner los pies.

»Esto me ha ocurrido, señor, a mí en persona, y la policía, que a la postre es excelente muchacha, con la cual hacemos casi siempre buenas migas, me lo ha perdonado... Pero he aquí un alto funcionario que ha querido toser fuerte... un hombre para quien nada supone el resultado y la forma es todo... se empeña en hacer daño al gran repórter Rouletabille... Hay que creer que los dioses miran por Rouletabille... pues ese alto funcionario ha sido arrojado de la cúspide de su soberbia y ahora... es carda cebollinos... ¿Es usted aficionado a los cebollinos, señor Crousillat?

»Otra historia. Un día había de reunirme con el ministro de Marina, que a la sazón hacía un viaje costero estudiando problemas de defensa móvil. Llegué tarde a una gran revista y ya se habían dado todos los pases. De nada me sirvió mi tarjeta. Perdida toda esperanza, fui a ver al subprefecto, que estaba ya arreglándose, empaquetándose... Encargó a su ayuda de cámara que me recibiera... Como gallina en corral ajeno... De pronto veo en una silla el uniforme de gala que el criado dejó allí... Me incrusté en él como el ratón en un agujero y subí en un carruaje que me llevó hasta el puerto. Diez minutos después me presentaba ante el ministro, reci-

biendo a mi paso los honores correspondientes a mi rango.

»Eh, ¿qué dice usted de esto? ¿Que el uniforme de subprefecto no vale el de un gendarme? Pues bien, cuando el ministro me vió con aquel boato, como buen parisién de nacimiento o de adopción, pues era ministro, rió a su placer... Pero el subprefecto tenía motivos para no reírse. Se querelló, se querelló en toda regla. Pues bien, hoy..., señor mío, este subprefecto... continúa siendo subprefecto. Pero usted, señor Crousillat, lleva trazas de morir siendo nada menos que presidente de Audiencia.

El señor Crousillat, que en la primera historia había empezado a rascarse el cráneo con aire de profunda preocupación, al oír la segunda se puso a reír sin rebozo.

—Vamos—dijo—, váyase usted y no reincida.

Rouletabille dió un brinco, consultó el reloj, y exclamando en voz baja «voy a hacer tarde», salió corriendo más veloz que una liebre.

En seguida *Camiseta* empezó de nuevo a gritar y a su vez Crousillat gritó también desesperado:

—Al menos entréguenos el uniforme.

CAPITULO XVII

UN GOLPE TEATRAL

ERAN más de las dos y media cuando Rouletabille dejó veloz la compañía del señor Crousillat, y cerca de las seis cuando de nuevo apareció en Lavardens. Su cuaderno de notas, sin embargo, no indica en qué o cómo empleó ese tres horas; pero las declaraciones del pastorcillo al fingido gendarme nos permiten fácilmente suponer que hubo en la Roche d'Ozoul en esas horas de la tarde dos oídos y dos ojos con los cuales no se contaba ciertamente.

Tenemos, pues, a Rouletabille en Lavardens. Como siempre llevaba prisa al parecer, entró como una centella en el *Viei-Caston-Nou*, se plantó de un brinco en el vestíbulo, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que conducía al primer piso; atropelló a unos cuantos enlutados, lejanos parientes del señor de Lavardens, puestos ya en acecho de la herencia desde la desaparición de Odette, y, finalmente, topó con la persona